

de las hijas que éste tiene con Clavel Quintanilla, con quien, tan pronto la conoció, se metió en la cama durante cuatro meses. Desde Madrid, Teodora le envía todo el dinero, mantiene su preocupación constante y guarda fielmente para él su torcaza negra y rosa, señalando el más puro de los amores platónicos, porque a Galaor sólo le interesa de ella el dinero. Pero aquí no hay tragedia, o son episodios tan cómicos que hay que reír de la tragedia; aquí no hay dolor porque todo es un juego, y aunque se parezca a la vida real de una manera tan absurda, es pura fantasía, la fantasía de lo erótico.

Pero esta novela tiene muchas más historias; no es solamente el desarrollo del desatarse el nudo de los amores imposibles de Amiel, Teodora y Galaor. Hay también una red de situaciones muy cercanas a los actores principales, que envuelven intensos asuntos de alcoba y que son protagonizadas por personajes del pueblo o de los alrededores que caracterizan una realidad, la nuestra; entonces nos toca reír, reírnos de nosotros mismos.

Con *Señora de la Miel*, Fanny Buitrago nos entrega un trabajo interesante, diferente. Lo digo por el tema, y por el manejo certero de la estructura del relato en este relato largo, donde se reconoce su gusto por lo burlesco, el de siempre.

DORA CECILIA RAMÍREZ

El mirón lo sabe todo

Salón Júpiter (y otros cuentos)

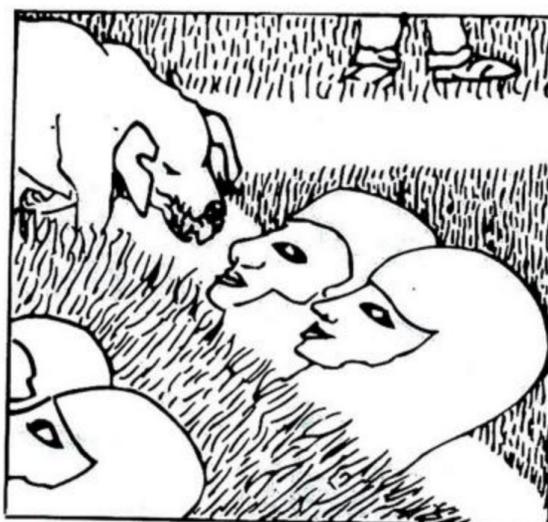
Julio Paredes

Tercer Mundo Editores, Colección Prisma, Santafé de Bogotá, 1994, 230 págs.

Pareciera como si, justo antes de entrar a las páginas del libro que habría de reunirlos, los personajes de Julio Paredes hubieran perdido el rumbo. Todos, sin excepción, y al parecer sin remedio. Pero llegan en el justo momento a la cita que este joven escritor venía preparando con obsesión y desde hacía

tiempo. Acuden en busca de su redención; o para adquirir la certeza de lo inútil del intento; o acuden, simplemente, porque, ¿qué más da? Algunos de ellos, la mayoría, actúan como si de antemano reconocieran lo absurdo de esa obstinación ajena, pero igual hacen presencia en *El desaparecido*, en *Salón Júpiter*, en *Petite Symphonie desconcertante*; otros toman atajos para llegar a *Eme*, a *Días de fiesta*, a *Un encuentro en Marabá*; se reparten para poblar *El hombre*, *Una mano de hierro*, *Perdido durante media hora*, *Corazoncito amor* y *La beatitud de las parejas*.

Las rutas y sus nombres conducen a un mismo lugar —*Salón Júpiter* (y otros cuentos)—, el lugar al que están predeterminados esos personajes porque así lo dispuso la mirada aguda, minuciosa y paciente de un mirón de oficio que muy seguramente se dejó tentar por la marca indeleble del fracaso y la impotencia que descubriera en cada uno de ellos.



El lector que le meta el diente a *Salón Júpiter* (y otros cuentos), se puede llevar, entre otras, dos sorpresas; extrañas, pero muy significativas: primero, tendrá la sensación de que tal vez no es él quien descubre uno a uno los personajes de los relatos de este volumen, sino que más bien son éstos quienes lo sorprenden a él; como si hubieran llegado a las páginas del libro sin previo aviso, de pronto, sin ninguna explicación. El lector entonces buscará en vano preámbulos que le den claves y buscará, aún más en vano, epílogos.

Y nunca accederá al enigma de los personajes de *Salón Júpiter* (y otros cuentos). El origen de esa especie de enfermedad vital que llevan a cuestas, del cansancio, del desamor y de la culpa; del sabor añejo e irreparable de sus

actos, de sus gestos, será siempre un secreto. Nunca sabrá en qué lugar de la historia se originó esa carga; tan sólo le será dado atestiguar, con el mayor detalle, eso sí, un instante, un lapso brevísimo —semejante a una instantánea fotográfica—, de las vidas de esos intrusos del papel sin historia conocida.

Se llevará entonces la segunda sorpresa: el único indicio que el lector tiene de la historia particular de cada uno de los personajes es la marca del fracaso y la impotencia que ésta imprimió en todos; esa marca es la única revelación posible de su pasado y se constituye en la razón por la cual llegan, al unísono, a un mismo volumen de cuentos. El lector, entonces, no sólo se encontrará con el absoluto enigma de los personajes del libro, sino además con una serie de relatos premeditadamente desposeídos de historia.

¿Acaso un lapsus del autor?, se preguntará al llegar a este punto quien lee esta reseña. En absoluto. Este aparente descuido —premeditado, por lo demás— es justamente lo que le otorga un carácter inconfundible y único a los personajes; lo que da cohesión y unidad al volumen y lo que le permite descubrir al lector que detrás de todo lo anterior, y para estructurar en forma coherente un mundo, hay un responsable, un mirón de oficio y consumado que optó por una forma narrativa y que acertó.

Si se intentara una descripción de esa particular opción, la siguiente podría acercarse: como si desde siempre hubiera cumplido con la misión de observar hasta el más nimio detalle de quienes habrían de poblar esta serie de relatos, pero que no obstante se reservara el derecho de revelar tan sólo un cortísimo fragmento de lo visto, así, de pronto, aparece y cuenta una cámara. Cuenta, por ejemplo, que ha sido testigo de que un tal Márquez observó, se acomodó, deseó incluso y sintió; pensó, por último cerró los ojos y esperó. Con la mayor lentitud se posa en cada uno de los verbos: consideró, sabía, sacó, supuso; observó, se acomodó, deseó, sintió; pensó, cerró los ojos y esperó. Así es como están contruidos la gran mayoría de los relatos que conforman el volumen de *Salón Júpiter* (y otros cuentos). Y así por entre ellos echan a andar los personajes.

El mirón lo sabe todo, todo lo ha visto. Y sin embargo, con la más absoluta economía de medios y con una contundencia casi atrevida, revela sólo lo justo. Con desparpajo le dice al lector que en lo que a bien tuvo contarle no encontrará respuesta alguna. Que si para sus personajes no existió redención posible, tampoco la habrá para el lector en su lectura. Que se apiade de él la imaginación.

Julio Paredes trabaja como editor en sus ratos libres. Quienes lo conocen en su quehacer diario, dicen encontrar cierta similitud entre el autor y Márquez, el personaje de *La beatitud de las parejas*. No hay día en que al lugar de trabajo no lleve un libro impreso sobre el que pasa su mirada, como lo hace Márquez por la vida hasta fijarla "sobre una mancha de color café con bordes amarillentos". Julio Paredes nació en Bogotá. *Salón Júpiter (y otros cuentos)* es su primer libro.

CLAUDIA CADENA SILVA

Una ruta llena de leyendas

Los mitos del sol

Hugo Niño

Banco de Colombia, Santafé de Bogotá, 1994, 125 págs.

Leer *Los mitos del sol* es hacer un viaje a través de los orígenes, cuando sólo existía la oscuridad o sólo existía la luz. Faltaba ese ritmo que da lugar al tiempo y a la existencia del hombre sobre la tierra.

El Cartograma nos guía: es un derrotero que sigue la ruta del sol. Se inicia en el oriente, con los yucunas, pobladores del nordeste amazónico. Sigue con los tucanos, viajeros del gran Vaupés, y continúa con los cuibas, custodios de los Llanos Orientales.

Del oriente continuamos hacia el desierto de la Guajira, territorio de los wayús. Se desciende a la Sierra Nevada de Santa Marta, asiento kogui, para luego continuar hacia el occidente, a donde los emberás, en el Chocó.

De allí se baja al sur, a la tierra de los sionas, en el Putumayo, pasando luego a donde los witotos, en el Caquetá y el Amazonas.

Termina el viaje en el centro del país, en los Andes cundiboyacences, donde "desde hace más de dos siglos no se volvieron a contar estas maravillosas historias en lengua muisca".

Nueve mitos, procedentes de nueve diferentes culturas aborígenes, que se asemejan a ese universo poblado por los dioses antes que el hombre apareciera y fuera creada la dimensión humana del tiempo. El devenir marcado por el ritmo de la luz y la oscuridad.

Unos van en busca de la noche, otros del fuego, otros de la luz que los libere de tanta oscuridad.

Para los yucunas, la búsqueda fue la de la noche y el tiempo.

Todo comenzó cuando sólo existía sobre la tierra Caamu Sol, únicamente el día. Sus pobladores eran cinco hermanos, herederos de la eternidad, los maestros guardasecretos, hijos de la eternidad. "Sólo día, sólo calor... Debemos procurar cosas para que la descendencia tenga ritmo".

De esta excursión surgen las casas construidas con palma de techar, para que los hermanos puedan resguardarse de tanto calor y tanta luz.



Ja'echín les entregó las cinco palmas para la construcción de los techos de las casas, pero también les entregó la prohibición: "No destapen la cesta antes, si no es frente a los arcos, las vigas ya tendidas". Pero la curiosidad puede más que la voluntad y la prohibición fue transgredida. De esta transgresión surge el conocimiento del tejido de la palma.

Al encontrar la sombra para ellos, quisieron buscarla hacia afuera, para que la descendencia pudiera habitar la tierra. Y así fue. Al no soportar la curiosidad, igualmente destaparon la totuma en la que estaba encerrada la noche y, al hacerlo, el día desapareció. "Todo se oscureció como una antorcha inmensa que se apaga". Ése fue el inicio de la noche y el día para los yucunas, pero fue también el inicio de la creación del mundo. Ese día comenzó la vida de los descendientes, ese día comenzó el tiempo.

Para el pueblo tucano, la historia es diferente. Todo surge del amor de Bugipu Ibiko-Khi, el sol, quien después del encuentro con la Gente Estrella, se enamora de la joven del resplandor de brasa apagada, habitante del mundo de arriba, a donde él va todas las mañanas, para regresar al mundo de acá.

Después que la joven es arrojada al pozo profundo, Bugipu la rescata despojándose de sus rayos y haciendo con ellos un brazo larguísimo que hace llegar hasta el fondo de ese terrible y oscuro lugar. Se la lleva a vivir a la región donde se juntan el día con la noche, lugar poco visitado por las estrellas.

Bugipu no regresó por un tiempo al mundo de allá, a donde la Gente Estrella. Durante su ausencia surgió el fruto del árbol anhelado: el chontaduro, fruto sagrado. Al recoger Bugipu la primera cosecha, enuncia las palabras que les permitirán disfrutar del fruto prodigioso: "Ahora ya pueden cocinarlos y comerlos".

Entonces se despidió definitivamente y se vino con su mujer para el mundo de acá, desde donde cada mañana emprende su correría haciendo el día. Eso es todo.

Así termina el mito tucano: "Bugipu Ibiko-Khi".

La versión cuiba del mito del sol comienza así:

A veces sólo frutas, miel. Comiendo lo que se encontrara, como se encontrara, sin poder conservarlo más allá, sin poder transformar los alimentos para apetercerlos, para placarse en ellos. Los